

gar por lo vivido desde entonces, no se ha dignado hacer.

El estrecho dudoso (1966) vendría a ser, en cierto sentido, la traslación del Canto General, de Pablo Neruda, al caso particular de Nicaragua, patria del poeta. Inaugura en este libro Cardenal la utilización de la crónica histórica como fuente, como argumento del poema, cosa que repetirá más tarde en sus poemas sobre los indios americanos. En años casos, los resultados obtenidos son tan válidos y eficaces como cuando Cardenal, dejando a un lado la historia pretérita, se centra en la presente, sustituyendo a la crónica como argumento por el lenguaje de la publicidad, de los medios de comunicación social o de los discursos políticos. No se trata, ni mucho menos, de que el poeta manipule estas jergas a la búsqueda de la parodia o el esperpento, sino de mostrárnoslas en su genuina significación, como tapadera de unos intereses inconfesables, cuya arma esencial está en la mentira y la falacia sistemática y perenne. Los últimos poemas que conocemos del poeta nica-

ragüense siguen en esa línea (Canto Nacional, Viaje a Nueva York, etcétera).

Estamos, pues, ante un lírico doblado de épico, ante un artista que no cede «las palabras de la tribu» a quienes no las merecen, y cuya obra toda es un rescate del sentido primigenio del lenguaje común. Condición ésta que queda sobradamente clara en la antología de su obra que nos ocupa. Aunque haya que hacerle a la misma, por otra parte, algunas objeciones.

En primer lugar, que nos deje en la ignorancia de quién ha efectuado la selección de los textos y, por lo tanto, del criterio que se ha seguido para ello. Después, la falta de una introducción, que situara al lector ante la obra de Cardenal, y a éste, en la poesía de su tiempo, por lo menos dentro de su área lingüística. También es de lamentar que no se hayan datado los poemas, impidiendo seguir la progresión estética y ética del autor, aunque deducimos que los poemas se han ordenado cronológicamente. Y para terminar, la ausencia de poemas tan característicos e impres-

cindibles como La hora cero, o la fragmentación de otros, que, como El estrecho dudoso, piden una lectura «in extenso» para ser valorados y gustados en su justa medida. Aunque ante las casi trescientas páginas de jugosa, densa, desveladora, emocionante y profunda poesía del libro, los anteriores «pepos» pueden obviarse con la socorrida frase de «pellitos a la mar».

■ MARTIN VILUMARA.

«Purita», simplemente

La contracultura de nuestro país es paupérrima, no tanto porque falten elementos humanos para llevarla a cabo, sino por los elementos culturales y sociales que condicionan nuestra vida hasta el punto de cuadricularla y cronometrarla casi totalmente para que entre en un esquema conformista y desesperanzado. El «comic», uno de los más importantes medios de expresión de la contracultura, tiene aquí muy pocos seguidores, y los dibujantes prefieren, para expresar una realidad innegablemente gris, recurrir al fácil medio de los tebeos para niños, donde se ven reflejadas de forma suave y pallada nuestras manías y costumbres nacionales. Desde «El Guerrero del Antifaz» hasta «Pulgarcito», los tebeos para niños hacen, bien una exaltación fascista de las «virtudes raciales», bien una crítica costumbrista que tiene mucho de sainete.

Por todas estas razones hay que saludar con alegría la aparición de «Purita» (1), nuevo producto agresivo del mismo equipo que realizó el «Rollo enmascarado». Con una forma de dibujo ecléctica, que reúne las influencias del

«comic underground» americano, del tebeo clásico español e incluso del dibujo artístico puro, «Purita» critica abiertamente, sin temores ni distracciones. Cumple, pues, una función fundamental en el campo del tebeo: dar una alternativa a la so-sa recopilación de imágenes y de chistes más o menos duros, abriendo paso a la crueldad, al sadismo y a la represión sexual que forman el entramado de nuestro pasear por la vida ciudadana y española. La historia central —hilo de Ariadna que se va perdiendo para volverse a encontrar, dando cohesión formal a todo el libro— de «Purita Braga de Hierro» es la historia metafórica de una represión. En torno a ella gira todo lo demás, desde la triste historia del individuo honesto y trabajador que de pronto ve su vida cambiar y desintegrarse por culpa de un billete capicúa, hasta la brutal invasión del mundo por copias exactas del ratón «Mickey».

El libro no tiene una gran coherencia formal, pero en realidad tampoco la necesita: se trata de un experimento abierto, de la búsqueda de una nueva expresión a la vez personal y colectiva. El «Arte» queda lejos, y también eso que se llama «subcultura»; los autores del «comic» han pretendido únicamente expresar una realidad circundante asombrosa, de una forma tan revulsiva como lo es esta misma realidad. El feísmo buscado responde a una fealdad real de lo que se retrata, y los defectos de dibujo e incluso de ortografía en castellano tienen una razón de ser, puesto que se refieren a un mundo defectuoso. «Purita» es una de las primeras manifestaciones gráficas y editoriales de nuestro movimiento de disenso nacional. ■ EDUARDO HARO IBARS.



Tiempos de violencia

Si hay un tópico repetido a lo largo de toda la Historia del Cine, y con mucha mayor intensidad en los diez o quince últimos años, es que el erotismo y la violencia son —de hecho— componentes fundamentales en la comercialización de un arte que llegará a ser devorado y muerto por ambos. Habitualmente, se trata de un diagnóstico elaborado desde posturas moralísticas, desde una línea beata de pensamiento que ve en el cine más un medio de catequesis que de libre expresión de ideas y se asusta ante todo aquello que no responda escrupulosamente a una ortodoxia moral periclitada. Muy de tarde en tarde hallamos una contemplación serena del fenómeno que investigue con seriedad el verdadero alcance del hecho, sus raíces y motivaciones, así como —lo que es fundamental— la perspectiva a partir de la que ese erotismo y esa violencia vienen dados en la pantalla. Lo que realmente importa aquí es la toma de postura de un autor ante lo que narra su visión concreta de las diferentes acciones que quedan insertas en la película. Condenar por principio el erotismo o la violencia es, por encima de cualquier otra cosa, una estupidez, un querer cerrar los ojos ante la cotidiana realidad del mundo en que vivimos. Dentro de un sistema capitalista y debido a las propias relaciones de producción que origina, sus correspondientes relaciones humanas están marcadas por el signo de la

violencia, de una violencia estructural que se manifiesta en actos del mismo signo, bien porque sean directamente derivadas de aquella, bien porque el deseo de destruirla hace surgir otra violencia paralela y consecuente con la primera. Nada más pernicioso ideológicamente que enjuiciar como un hecho aislado el que se produce en estos términos, sin relacionarlo de manera dialéctica con el contexto en que nace. Pero ese es el pan nuestro de cada día e, igual que en todo lo demás, tampoco el cine se muestra aquí como una excepción.

Tres películas de reciente estreno en Madrid («Rompehuesos», de Robert Aldrich; «Carne viva», de Michael Ritchie, y «Sábado inesperado», de Dino Risi) plantean una vez más el tema central de la violencia (dejemos por ahora el del erotismo para mejor ocasión) desde diferentes puntos de partida y tratamientos, pero con el nexo común de una problemática actual sobre la que se efectúa una reflexión. Particularmente polémica en el caso de Aldrich, cineasta tantas veces desconcertante y siempre moviéndose en el filo de navaja de la ambigüedad que le hace caer tan pronto en uno de sus lados como en el contrario. Su «Rompehuesos» (1974) —nueva barbaridad de título en castellano de lo que en el original americano es «The longest yard» y en el inglés «The mean machine»— es buena muestra de tal difícil equilibrio. Centrado en la vida de un penal donde dominan unos guardianes sádicos y preside un director frustrado cuya única obsesión es que el equipo de rugby de la prisión triunfe en la liga de semiprofesionales, el film incluye en ese microcosmos a un antiguo gran jugador al que se le encarga el entrenamiento de un equipo de



Ernesto Cardenal.